

en medio de las cuales se eleva como plateada pirámide el gran promontorio de Tacora. Rodeado este en su base de profundos barrancos presenta dificultades insuperables á cuantos quisieron subir á su eminencia. La gran masa de nieve que cubre su superficie, herida en parte por los rayos del sol, y en parte cubierta dulcemente por ligeras nubecitas, me ofrecian el simbolo imponente de la verdad eterna, siempre resplandeciente y siempre bella; pero que velada á veces por ligeras nubes, no siempre es buscada ni ménos conocida de los hombres. Este simbolo, mi imaginacion lo divisaba entre Bolivia y el Perú donde apénas llega á percibirse despues de rotos los velos con que artificiosamente se procura disfrazarla.

La provincia de Atacama, que comprende la parte boliviana del gran desierto de este nombre, presenta una serie de campos áridos, de cerros minerales y á veces tambien de lomas bajas formadas de arena. De cuando en cuando hay pequeños campos cultivados á merced de algunos manantiales, y entónces tambien allí mismo se ven poblaciones de indios y de mineros que explotan las minas de cobre que existen en los cerros de toda aquella vastísima provincia. Mas aquellos campos y estas poblaciones miserables no existen sino en aquella parte de la region que se distingue con el nombre de Atacama alta. La parte del litoral no ofrece mas que una sucesion de desiertos cuya soledad espanta y en cuya eterna aridez ve cualquiera la viva imágen de la muerte á que parece estar condenada allí la frondosa vegetacion que se ostenta en las hermosas selvas y en las verdes praderias de otras provincias de Bolivia.

CAPÍTULO XXIX

Chile. — Influencia de la religion en sus destinos. — Recuerdos que ennoblecen su historia. — Las malas pasiones lucharon al principio de la revolucion. — El enviado de Roma y éxito de su mision. — Ataques del gobierno á la religion. — Destierro violento del diocesano de Santiago. — Cisma lamentable. — Reaccion encabezada por Portales y su desarrollo. — Ereccion de nuevas diócesis. — Nuevas instituciones religiosas y su beneficencia.

Entre todos los Estados que nacieron de la América española, Chile es el único que recogió en parte los bienes de su independenciam y libertad. Los ciudadanos de su territorio se dieron una constitucion que si bien no otorga á los individuos las libertades quiméricas que conceden las de otras repúblicas, da á la autoridad medios suficientes para hacer respetar sus estatutos. A su sombra disfrutaron los pueblos el bien inapreciable de una larga paz, se desarrollaron la industria y el comercio de una manera asombrosa, se difundió la instruccion pública hasta las extremidades mas remotas de su vasto territorio, se abrieron vias de comunicacion en todas direcciones, se habilitaron nuevos puertos para el comercio

extranjero y nacional, se explotaron muchos artículos que ocultaba la tierra en sus entrañas y exportados hoy han venido á ser otras tantas fuentes de riqueza nacional, la agricultura recibió un incremento desmedido y Chile cimentó en todos los países un crédito tan bien merecido como honroso. De esta manera, miéntras que otros Estados sud-americanos consumían sus fuerzas destrozándose en guerras intestinas, Chile adelantaba en las vías de su prosperidad material y moral, su progreso afianzaba las instituciones que se lo habían procurado, su influencia se dejó sentir bien pronto en los Estados del Pacífico y su poder resolvió mas de una vez el destino de las repúblicas sus hermanas.

Algunos han manifestado sorprenderse al considerar la suerte que ha cabido á Chile entre todas las demás repúblicas y se pierden en mil conjeturas buscando su causa. Esta para nosotros no es un misterio como no será para ninguno que conozca los antecedentes y las circunstancias particulares que concurren en aquel país. En Chile dominó desde la época de la conquista el espíritu religioso; los tiernos recuerdos que de aquel tiempo nos conserva su historiador clásico (1); la serie de hombres tan venerables por su virtud como benéficos por sus obras que desde entónces acá no se ha interrumpido, y la tendencia á las obras de piedad que fácilmente se advierte no solo en las familias que formaron la aristocracia de la colonia, sino en las masas del pueblo, manifiestan que en la gran mayoría de los chilenos se man-

(1) Alonso de Ovalle, de la Compañía de Jesus.

tiene viva y radiante la luz de la fe para inspirarles el respeto á la ley que afianza las instituciones de los pueblos. « Ningun elemento hay tan eficaz para salvar á la sociedad de la anarquía, dice Guizot, como la instruccion religiosa, ni hay otro freno tan poderoso como el deber que inspira la conciencia ilustrada por la fe para contener á los pueblos en los excesos á que los precipitan las malas pasiones. » Afortunadamente, los trastornos que ocasionó en Chile la revolucion de su independencia no fueron tan largos ni de tales proporciones que hiciesen emigrar de su bello territorio aquel elemento. Golpes mortales le hicieron sufrir es verdad, lo debilitaron las pasiones desenfrenadas, lo deprimieron la ignorancia y las preocupaciones momentáneamente triunfantes, lo persiguieron la intolerancia y el despotismo de los que se decían regeneradores y libertadores del pueblo; mas vivían en Chile hombres de valor y abnegacion á toda prueba y en su pecho ardía un celo inmenso que fué en aquellas circunstancias el escudo invulnerable que cobijó la fe de millares de ciudadanos.

¿A quién no conmueven las constantes fatigas del arzobispo Vicuña por mejorar la condicion moral del pueblo chileno? Su eminente celo le llevó hasta realizar por la consecucion de tan noble objeto el sacrificio de su pingüe patrimonio. Mil y mil ciudadanos aprendieron á ser honrados y virtuosos en sus ejercicios espirituales, y mil otros escuchándole depusieron los odios de partido y las pasiones innobles que hacen brotar la exaltacion política. A su voz viva y penetrante retrocede la tropa desbandada y empeñada en robar en momentos de anarquía, y los bravos

veteranos vencedores en cien batallas rinden sus armas en presencia del anciano venerable que les ruega no tocar un pueblo inocente é indefenso. ¿Qué chileno olvidará los discursos populares del apóstol de la plebe como era llamado el presbítero Irarrázabal? Nosotros hemos visto á la multitud agolpada para oír las invectivas ingeniosas y punzantes con que impugnaba los vicios, y la doctrina sencilla con que ponía á la vez al alcance de los mas ignorantes las verdades augustas de la religion católica. Su celo por propagar la moral estaba acompañado de la beneficencia con que repartía entre los menesterosos el crecido patrimonio que heredó de sus padres los marqueses de la Pica. Miéntras que el territorio chileno era devastado por la guerra civil y soportaba los males morales que son su consiguiente, los pueblos eran visitados por los venerables franciscanos Fr. Pedro Ortiz de Zarate y Fr. José de la Cruz Infante, los cuales, á pié y sin mas viático que el breviario, recorrian la república combatiendo los vicios y alentando en la virtud á los ciudadanos. Otros hombres apostólicos se empleaban con igual abnegacion en oponer diques al torrente de males que derramaba la revolucion, y creemos no equivocarnos al decir que á los trabajos del clero se debe en Chile el que los buenos principios sufriesen durante la revolucion ménos que en los otros Estados de América. No dejaremos en el olvido una observacion que tenemos hecha durante nuestro viaje por América. Méjico, el Perú, la Nueva Granada, Buenos Aires y todos los Estados que formaron parte de las colonias españolas, cuentan suntuosas fundaciones que revelan la existencia del espíritu religioso

en la sociedad de cuyo seno nacian; mas todas esas fundaciones pertenecen á una época remota. Parece que el espíritu que animó esas bellas creaciones se hubiese aniquilado despues de darles vida; parece que abandonadas aquellas á la inconstancia de los tiempos, encontraron la muerte en el seno de la sociedad que estaban destinadas á vivificar, y parece, en fin, que para aquellos férciles territorios hubiese pasado la edad de oro en que los pueblos se ostentaban, engalanados con el hermoso ropaje de tales obras que acababan inspirados por su ardiente caridad. Los hombres piadosos que en todos ellos han existido durante el último medio siglo, acobardados por el despojo que sufrieron de sus bienes los establecimientos de beneficencia, dedicaron sus riquezas á otros objetos, contentándose con apuntalar apénas los restos de aquellos grandiosos monumentos que legó á la América el espíritu católico en tres siglos de fervor. Lo contrario sucedió en Chile, pues allí los establecimientos de caridad eran muy escasos durante la época de su coloniaje, y solo despues de la independencia es cuando crecieron y se multiplicaron para socorrer todas las necesidades sociales. Y no es el brazo del poder quien ha dado impulso á estas fundaciones altamente caritativas, ni fueron solamente los obispos y los sacerdotes quienes se ponian á la cabeza de tan santas empresas; eran los simples ciudadanos, eran los seglares los que contribuían á estas, animados por el espíritu ardiente que inspira la caridad cristiana.

En un siglo egoísta y que no se avergüenza de recomendar como otros tantos modelos de virtud á individuos que vivieron solamente para sí, la sociedad vió

al opulento mayorazgo, presbitero Balmaseda, desprenderse de sus propiedades y cederlas con todas sus rentas á un hospital para enfermos. Libre así de los cuidados de la tierra y reducido á una extrema pobreza voluntaria, le vió tambien sentarse tranquilo á la sombra de un naranjo y cruzando sus brazos esperar la muerte. No era esta para su alma generosa sino el principio del bien único que podia contentarle y por el que suspiraba tiernamente. La misma sociedad vió aparecer colegios donde las jóvenes recibieron educacion esmerada y donde era instruido gratuitamente un número considerable de niñas menesterosas bajo la direccion de las hermanas de los Sagrados Corazones. Las casas de huérfanos, los asilos de niñas vergonzantes, las escuelas normales de profesoras, las casas para retiro espiritual y los asilos para mujeres arrepentidas se han multiplicado por todas partes y colmado la medida de los bienes que de ellos se esperaba; y como la Providencia ha querido presentar estos bellisimos modelos en todas las escalas sociales, los produjo entre los hombres públicos, entre los individuos del sexo débil y entre las diversas categorías del cuerpo social. Cuando nos referimos á sucesos conocidos por todos en el país donde se realizaron, nadie llevará á mal que nombremos individuos que nos pertenecen de cerca, mucho mas cuando la justicia es virtud y los solemnes deberes que impone á todos obligan igualmente. Mi alusion va dirigida á un hombre que durante setenta y ocho años vivió exclusivamente para sus prójimos de cualquier color político que fuesen; de un hombre que en obras de caridad cristiana y de utilidad pública sacrificó todos sus

bienes de fortuna, sin buscar mas recompensa en la tierra que la satisfaccion que experimentaba su noble corazon enjugando las lágrimas del afligido y socorriendo la miseria del menesteroso; de un hombre, en fin, que activo por naturaleza y mucho mas todavía por la abnegacion que le caracterizó, dió cima á obras que el poder y los recursos del gobierno español no habian conseguido realizar. La inmensa utilidad que reportó el país de estas empresas y sobre todas las demas la del canal del Maipo que regó las vastas llanuras inmediatas á la capital, la celebraba con tanto entusiasmo como si fuese una ganancia propia. La parte que le correspondia fué destinada á fomentar los establecimientos que le debian su existencia, el hospicio de pobres de Santiago, la villa de San Bernardo, la fábrica de paños, la introduccion de nuevos instrumentos de labranza, la Sociedad de agricultura y los menesterosos, en fin, que le buscaban á cada momento. Vivió para la sociedad y la parte necesitada de esa misma sociedad fué la heredera de los pocos bienes que aun poseía cuando murió. El nombre de este hombre extraordinario vive aun en el corazon de todos sus conciudadanos, y una de las mas hermosas páginas de la historia de Chile será aquella en que se escriban las obras de caridad y de beneficencia á que consagró su vida D. Domingo Eyzaguirre. Los recuerdos que dejaron todos estos hombres y otros tan meritorios como estos son el blason mas glorioso que ennoblece á Chile, así como la influencia saludable que sus ejemplos ejercen en el país uno de los elementos que mas contribuyen á su bienestar y prosperidad.

No se crea por eso que las malas pasiones, excitadas por el soplo contagioso venido del otro lado de los Andes, dejasen de luchar contra el espíritu religioso. Al contrario, hemos indicado ya que hubo lucha y que en esa lucha lidiaron á brazo partido los elementos del mal para ahogar, y si posible fuese en su raiz misma, el principio destinado por Dios para causar la felicidad de los pueblos: el elemento religioso. Casi doce años duró esa lucha formidable, y durante tan largo periodo, no pocos hombres sin fe, á quienes la revolucion encumbró á los primeros puestos del Estado, no se avergonzaron en hostilizar abiertamente las creencias del pueblo. El gobierno toleró la introduccion de obras inmorales y de libros que combatian la fe católica. Vanas fueron las reclamaciones hechas por los ordinarios eclesiásticos pidiendo la observancia de las leyes vigentes sobre la materia; vanas, repetimos, porque las doctrinas que contenian tales libros estaban en armonía con las creencias de tales gobernantes; vanas, porque á la vista de la autoridad eran vendidos y los periódicos los recomendaban como á propósito « para iniciar á los jóvenes en las escenas del gran mundo, » y vanas, en fin, porque existia un plan premeditado, hostil á la fe y cuya ejecucion ocupaba á algunos de los hombres que se sucedian en los puestos de la administracion. Y no eran tan solo publicaciones venidas del extranjero las que se empleaban para combatir el principio religioso, porque de las imprentas nacionales salian cada dia folletos y periódicos en que se le atacaba de frente. La autoridad encargada por la ley de reprimir esta licencia, ó callaba ó manifestaba simpatizar con los

escritores impios. Mas no era todo esto sino la primera escaramuza que habia de preceder al combate contra la religion, ó hablando con mas propiedad la exploracion del campo en que se trataba de librar batalla á la fe que profesaba toda la república. Llegó el tiempo de dar aquella y el gobierno dictó leyes que herian atrocemente la conciencia católica; leyes que despojaban á la Iglesia de su propiedad para distribuirla entre el tesoro nacional y los afiliados á un partido; leyes que combatian y alteraban la disciplina de la Iglesia en las profesiones monásticas, suponiendo en el gobierno civil facultad de legislar en materias eclesiásticas, y leyes que arrebatan á la Iglesia la educacion de sus ministros, para confiársela á profesores cuya fe y cuya moral eran desconocidas. La multitud de innovaciones que pretendió introducir el gobierno en la Iglesia, al mismo tiempo que dictaba aquellas providencias anticatólicas, complicó mas y mas la situacion, y aumentó la alarma en la conciencia de los fieles. Y como si tratase de sincerarse aquel de estos procedimientos arbitrarios, acreditó cerca de la Santa Sede un enviado extraordinario que no tardó en presentarse delante del Sumo Pontífice (1). Pio VIII envió á Chile como delegado suyo y con carácter de vicario apostólico al arzobispo de Filipos. No podia desearse conducta mas franca ni mas noble que esta de la Santa Sede. Ningun gobierno europeo habia acreditado cerca del de Chile hasta entónces algun agente fuera de los cónsules encargados de proteger el comercio de sus súbditos. El Sumo Pontífice que vela

(1) Año de 1821.